

CARICATURA

Simón Pachano

Hay gente que se muere de risa. Otra gente se muere por la risa. Los primeros caen por la risa propia. Los otros por la risa ajena. Pero, viéndolo bien, la verdad es que los primeros no mueren sino que más bien gozan de largas vidas. Así lo comprueban decenas de exámenes biológicos y psicológicos que demuestran que el humor es una de las medicinas más efectivas y que tiene efectos positivos sobre la mente y el cuerpo. También es verdad que los otros no se mueren por la risa ajena, sino por la rabia propia. Sin humor su cuerpo y su mente se van deteriorando. El problema, dicen los especialistas, es que se toman tan en serio a ellos mismos que consideran que sólo existe su verdad (una verdad muy seria) y se vuelven incapaces de entender que su respuesta al humor de los demás se transforma en un ingrediente para ese mismo humor.

Si eso es así en la vida cotidiana, en la política se magnifica y llega a límites insospechados. Los regímenes autoritarios que han poblado el mundo desde lejanos tiempos –y que se empeñan en tomarse en serio- siempre perdieron la batalla con el humor. Muchos intentaron incluso prohibir la comedia como género teatral para remplazarla con el gris realismo o con el drama social, pero nada pudieron ante el chiste que corría de boca en boca. La oscura seriedad de esos regímenes ha sido y seguirá siendo el mejor caldo de cultivo para la ironía y el sarcasmo.

Lo que en el plano individual puede calificarse como falta de sentido del humor, en política se convierte en intolerancia. No es solamente baja capacidad de comprensión –que en muchos políticos es evidente-, sino una forma de entender a la política. Para quienes piensan que ésta es una lucha para imponer verdades absolutas resulta imposible aceptar la caricatura o la pantomima. Su misión –de origen divino, terrenal o histórico, pero misión al fin y al cabo- no va con la exposición pública del lado ridículo que tenemos todos los seres humanos.

Sin necesidad de que se estableciera un régimen autoritario, e incluso sin necesidad de que los actores se encuentren en el poder, hemos visto que la intolerancia ya es de todos. Dos candidatos, desde puntos contrapuestos del espectro político, protestaron por el uso de esa arma para la que aún no se ha encontrado otro escudo que no sea la censura. Lo sabía bien el fraile de El nombre de la rosa, que termina incendiando la valiosa biblioteca para erradicar la risa de la vida de los hombres. Los nuestros no han dudado en acudir a códigos y reglamentos hechos al apuro, en acogerse a disposiciones tramposas, en reclamar honores atropellados, todo ello para exigir prohibiciones y sanciones. Pero, como ocurre en el plano individual, corren el riesgo de ser sepultados por la risa de la gente de la calle. Es que resulta muy difícil tomar en serio a candidatos que reaccionan iracundos ante una pantomima o ante una caricatura.